

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 422.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

SUMARIO.

El palacio Arson en Niza; grabados. — Biografías contemporáneas. — Revista de París. — Las estrellas. — Mauricio (isla de Francia); grabados. — Fiesta nocturna en el lago de Longchamp; grabado. — Una historia inglesa. — Obras del canal de Suez; grabados. — Los aventureros. — Mlle Karoly; grabado. — Retrato de M. de Escayrac de Lauture; grabado. — Sala de exposicion del círculo de Artes-unidas de París; grabado. — Nuevos tipos de monedas francesas; grabados. — Baile dado al príncipe imperial por la princesa Matilde; grabado. — Ayer. Hoy. Mañana. — Aben-Hamet, ó la venganza. — Mi amor. — Los estudiantes de Heidelberg; grabados.



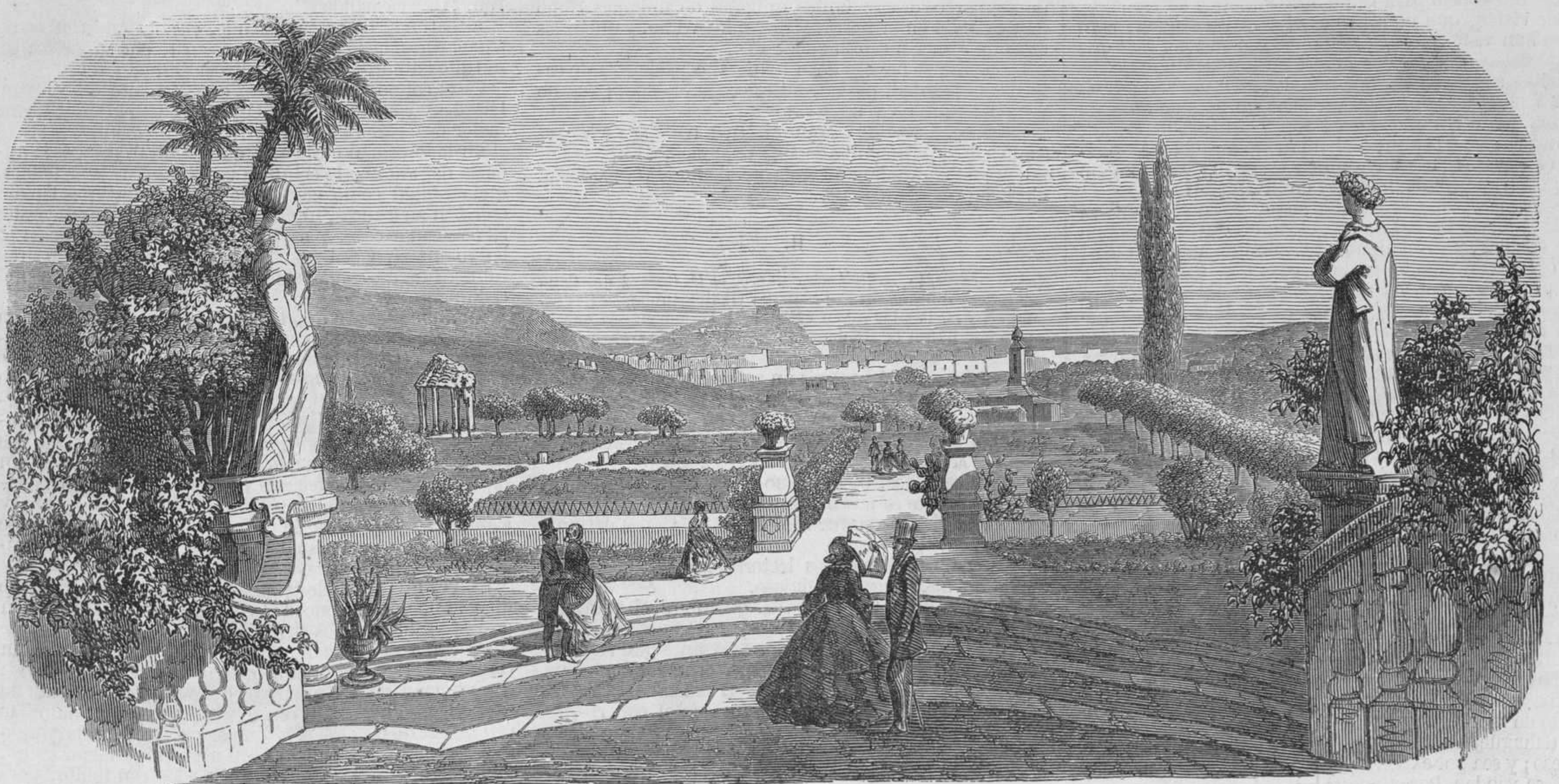
lacios ó de las villas; el cielo azul, la tibia temperatura invitan al viajero opulento á levantar su tienda sobre esas hermosas colinas que miran á un mar tan azulado como el cielo. Así se elevan como por encanto preciosos caseríos en medio de bosques de naranjos y limoneros, y en esas villas la aristocracia europea respira durante el invierno la brisa perfumada de las playas de Niza. Algunos son verdaderos palacios, como la villa Arson, representada en el primero de nuestros dibujos, que es una de las mas hermosas y de las que mejor situadas se encuentran. — El caballero Arson, que la habita, es un amable poeta que sabe hacer los honores de su casa con una amabilidad suma.

P. P.

El palacio Arson en Niza.

Niza es la ciudad de los pa-

EL PALACIO ARSON EN NIZA.



VISTA DE NIZA TOMADA DE LOS JARDINES DEL PALACIO ARSON.

Biografías contemporáneas.

LOS MAGOS MODERNOS.

I.

Texto. — Introducción. — M. Cahagnet y su espejo mágico. — Traslación del cerebro del mismo. — M. Victor Henneguín y su infortunado libro. — Obras de M. Cahagnet. — M. Eliphas Lévi. — Evocación y aparición del filósofo Apolonio de Tyanes. — Reflexiones sobre este asunto. — Conclusión.

Poco después de haberse publicado nuestra obra sobre *La evocación de los espíritus, las mesas giratorias y los palanganeros*, salió en París el 4º tomo de la de M. Louis Figuier: *Histoire des merveilles dans les temps modernes*, en el cual se ocupa de las mesas giratorias y los espíritus. Lo hemos leído y con gran satisfacción vemos, que en el fondo, estamos conformes con este profundo crítico, si bien disintimos un poco respecto á la manera de apreciar algunos hechos.

De este trabajo, tan reciente y notable, vamos á comentar un capítulo, que se ocupa de los principales defensores de los espíritus que viven en París, donde se agita esta cuestión con bastante calor. Luis Figuier los llama *Profesores de magia moderna*; entre ellos coloca en un distinguido lugar á M. Cahagnet, autor de «Las revelaciones de ultratumba.» Esto servirá de apéndice á nuestra obra.

Empezamos por M. Cahagnet, que era tornero de sillan en el Havre, el cual sigue en París sin acordarse del torno y del escoplo, y evocando espíritus á diestro y siniestro, con la misma maestría que antes formaba una gola ó un medio punto. Entre los que se dignan favorecerle, se cuenta el del escocés Swendenborg, jefe de la secta de su nombre, y el cual le da una porción de máximas para llevar á cabo su plan religioso y filosófico. Sea en hora buena; veremos lo que sale de estas comunicaciones.

M. Cahagnet para asemejarse en un todo á los antiguos hechiceros, ha inventado un espejo mágico. Este consiste en un cristal plano, en una de cuyas caras se deposita una capa de mineral de plomo (grafito, plumbagina, ó carbon mineral). El mismo autor nos va á decir cómo se usa.

«Poned al que desee ver un ladrón (¡vaya un gusto!), un espíritu (ya esto es otra cosa) ó un sitio cualquiera, delante del espejo; ponedle detrás de él y sostenedle la cabeza fuertemente contra el cerebro y evocad á grandes gritos y en nombre de Dios de manera que le impongan las voces.»

¿En dónde tendrá el cerebro M. Cahagnet cuando en su formulario para usar del espejo dice *sostenedle la cabeza fuertemente contra el cerebro?* ¿El cerebro por lo visto está ya en la espina dorsal, ó tal vez en el sobaco? ¿Qué poco le aprovechan las lecciones de anatomía que tan amablemente le da Hipócrates! (Que aquí para *internos* ignoraba esta ciencia el pobre señor cuando andaba por esta pícara tierra.)

Por supuesto que el autor de este espejo mágico (quizás sería más exacto decir: el autor mágico de este espejo) recomienda mucho que se rodee la ceremonia de cierta pompa y se usen perfumes y músicas para que tenga éxito la evocación; con lo cual no hace más que copiar el ritual de los magos y hechiceros de la historia antigua y de la edad media.

M. Cahagnet no dice qué ser del otro mundo le ha revelado este espejo para mirar los ladrones y los espíritus. Y por cierto, que no sabemos si será casualidad; pero como han visto nuestros lectores, no mencionó más que la aparición de estas dos autoridades. ¿Será porque los espíritus son ladrones, ó porque los ladrones son espíritus? Y además, ¿qué relación tiene un poco de mina de plomo, que no es más que carbon y un poco de cristal, con un ladrón ó con un espíritu? ¡Vaya que el tal espejito es chusco! ¡Lástima que su autor no haya exigido del gobierno francés un *brevet* de invención!

Este es el *hombre de la naturaleza*, según él mismo se titula (¿querrá decir bestia?), el cual se jacta de que no sabe escribir, y sin embargo va amontonando obras sobre obras con una fecundidad pasmosa. Cierto es que son producidas por las revelaciones de los espíritus, y no sabemos el tanto por ciento que les dará por sus inspiraciones. Este gran *iluminado*, ó sea este hábil profesor de magia moderna, según lo llama M. Figuier, dirige cartas á todos los potentados de Europa dándoles el título de hermanos á boca llena, y suministrándoles varios consejos, que á veces se convierten en fuertes amenazas, si no le compran sus obras.

Un hecho notable.

M. Victor Henneguín, abogado de París que gozaba de alguna nombradía, consultaba con un espíritu por el intermedio de las mesas giratorias, el cual le dictó un libro mandándole que lo titulase: *Salvemos al género humano*. El espíritu (que por lo visto no conocía bien á los editores) le aseguró que su manuscrito sería comprado en cien mil francos por un editor (imaginario) que se presentaría á tal fecha para este efecto, y que se llamaba Delahaye. La época fijada llegó; pero el espléndido editor de los cien mil francos no pareció (sin duda le robaron por el camino). El pobre M. Henneguín, este que iba á *salvar al género humano*, no pudo salvarse á sí mismo de morir en una casa de locos...

M. Cahagnet ha sido más afortunado: sus obras se han impreso; y sea por extravagantes, sea por cualquier otra causa, se venden. Por supuesto que todas son del género

mas furibundamente terrorífico que puede imaginarse, y su título nada más es capaz de helar de espanto á la estatua ecuestre de Felipe IV. Como que es una barahunda de muertos-vivos y vivos-difuntos que mete miedo. Allá van y no hay que asustarse.

1º *Los arcanos de la vida futura descubiertos.* (¿Qué tal?...)

2º *Revelaciones de ultratumba.* (En estas revelaciones se averigua, que los muertos ignoran si están vivos, y los vivos creen que están muertos. ¡Jesus, qué ensalada de difuntos y vivos!...)

3º *La luz de los muertos.* (¡Hombre! ¿con que también el ramo de alumbrado prospera entre los fallecidos? ¿Y estas luces serán de sebo, de aceite, de estearina, ó quizás de gas?)

¿Quién había de decirle al ex-tornero cuando le daba vueltas al aparato que le servía para confeccionar palitroques para sostener la humanidad individual, que llegaría un día en que abandonase los leños para hablar con Galileo, Franklin, Hipócrates, Newton y otros muchos sabios?...

Dejémosle en su congreso constante de *aparecidos* embaucando con sus profecías al vulgo parisiense, que siempre está predispuesto á las maravillas más absurdas; pues si él no muere loco como M. Henneguín, se puede asegurar es hombre de suerte, y vamos á otros magos no menos notables.

M. Eliphas Lévi es un *aficionado* á los espíritus. Tiene escritas varias obras y asegura que ha visto y tocado (¡ojo al Cristo!) el del filósofo pitagórico Apolonio de Tyanes, que vivió hace la friolera de mil setecientos años. Palabras textuales del autor:

«¿Concluiré diciendo que yo he evocado, visto y palpado al gran Apolonio de Tyanes?»

M. Eliphas Lévi ha perdido, á no dudarlo, la ocasión más oportuna de hacerse inmensamente célebre é inmensamente rico. Cuando palpó al susodicho espíritu, debió, de grado ó por fuerza, encerrarlo en la habitación más segura de su casa, y aun ponerle dos centinelas. Allí prisionero, tenía una prueba irrecusable de la existencia de los espíritus, prueba que hubiera convencido á los más incrédulos. ¡Y á fe que no hubiera ganado con él! Si por ver un oso, una pantera, ó una foca se paga un real, creemos que el ver y tocar un espíritu tan célebre como el de Apolonio de Tyanes, debe valer lo menos, lo menos trece cuartos. ¡Ay! ¡no es nada el turbión de gente que iría á ver al filósofo asiático, expuesto á la luz pública como una vista panorámica!

¡Estos espiritualistas son los más originales del mundo! Si continúan en progreso sus elucubraciones, ¿qué apostamos á que el día menos pensado nos cuentan que han echado un cigarro en buena amistad con un espíritu, ó han tomado en su compañía un ron?

Lo que no le podemos perdonar á M. Eliphas Lévi, es que no nos ha descrito la fisonomía ni el traje del susodicho Apolonio de Tyanes: digo, ¡una fisonomía del año 97 de la era cristiana! Sí, como es de suponer, no se ha cortado el pelo ni se ha rapado la barba, tendrá una melena leonesa. ¡Qué fiero estará este melenudo señor!...

De manera que estos nuevos hechiceros que viven entre nosotros, dejan muy atrás á los antiguos. No se trata ya de que los espíritus hablen, y compongan discursos, y versos, y músicas, y sermones, y opúsculos; no se trata de que vuelquen mesas y apaguen luces; es que ya se ven; es que ya se tocan y se sienten!... Dios nos favorezca si á todos les dan ganas de *tomar cuerpo* como el filósofo Apolonio. Esto es más terrible que una irrupción de bárbaros; y decimos más terrible, porque ¿dónde iban á colocarse tantos millones de millones como han existido en la tierra, y quién los vestía, y quién les daba de comer á estos angelitos?...

La pluma se nos cae de la mano al considerar este cataclismo. ¡Piedad, piedad, misericordia, Señor! ¡Que no vengan! ¡que no vengan!...

NOTA. — El sentido común al tener noticias de los recientes descubrimientos de MM. Cahagnet y Eliphas Lévi, ha caído mortalmente enfermo. Démosle reposo hasta nuestro próximo artículo.

II.

Nuevo prospecto. — El doctor negro. — M. Gerard de Caudenberg duerme. — El baron de Guldenstubbé. — Las estatuas y las lápidas saben escribir. — M. Morin. — Consejo al señor baron de Guldenstubbé. — Parte telegráfica.

En 1853 apareció en París un prospecto con el siguiente título: *Orden de Dios de erigir el templo de Cristo predicado por Salomon, aparecido en vision á Vriès, y debiendo edificarse en París, como prueba de reconciliación entre Dios y el hombre.*

Según su autor, Dios mismo había trazado el dibujo del templo, que se levantaría en los Campos Eliseos, en donde vendrían á reunirse todas las religiones del universo.

Este, como ven nuestros lectores, no es más que un *apóstol del unitarismo* religioso.

Pero ¿á que no aciertan Vds. quién era el autor de este largo y extravagante prospecto? Pues era nada menos que el *doctor negro*. Aquel farsante que en 1859 ocupó á la prensa de toda Europa, y especialmente á la de París, con su pretendida curación radical del cáncer. Ya recordarán los lectores que este apóstol con ribetes de médico eminente, zozobró en las garras de la policía correccional. En ellas permanezca muchísimo tiempo, si ha de continuar abusando del público, tomando por juguete á Dios y por mina productiva á la humanidad.

Llegamos á un defensor de buena fe, pero obcecado, hombre de instrucción y de talento, que quizás por un exceso de imaginación, se ha dejado arrastrar de los absurdos de los espíritus evocados por medio de los trípodes. M. Gerard de Caudenberg, antiguo ingeniero de puentes y calzadas, se retiró á Dijon al fin de su carrera. En los grandes ratos de ocio que le proporcionaba su retiro, se dedicó al *espiritualismo* palanganerista (así distinguiremos este del verdadero espiritualismo), y sorprendido por las experiencias escribió una obra á su favor.

¿A qué estado de exaltación llegaría, que asegura no hay necesidad de mesas, ni palanganeros, ni objeto alguno para verificar la evocación. Hé aquí como procede:

«Llamar mentalmente el alma que se desea evocar, y abandonar la mano armada de un lápiz ó pluma; el espíritu mueve la mano y escribe lo que desea comunicar.»

¡Pobre Gerard, qué sueños tan magníficos echaría mientras que la mano de algún *pícaro* estaba fraguando el embusté que había de sorprenderle.

A veces (cuenta) en vez de aparecer buenos espíritus, viene algún diablo á sustituirle, el cual da muy malos consejos (es natural). Con este motivo refiere un lance que le jugó un *diablazo* de marca mayor; pero creemos oportuno el no transcribirlo.

Este iluso murió en 1858, víctima como otros tantos de la triste preocupación de las mesas parlantes. Dejémosle en paz, y no sin condolernos de que los hombres de talento é instrucción se dejen subyugar por estas farsas.

Viene después un mago, pero no así como se quiera, sino un *mago de primo cartello*, un segundo Cagliostro.

Ya el público se iba acostumbrando á los movimientos de las mesas y á los grandiosos discursos escritos por las patas de los palanganeros; y los miraba con la impasibilidad y el desden que se ve por trigésima ó cuatrigésima vez un mismo salto de un acróbata. El público se dormía; era necesario un golpe fuerte, una disonancia, un pistoletazo, un trueno que lo reanimase. Y hé aquí que un taumaturgo aparece dando este *trompetazo* que había de conmovirlo.

Hablamos del baron de Guldenstubbé, natural de Escocia, el cual ha publicado una obra titulada: *La realidad de los espíritus y el fenómeno maravilloso de la escritura demostrado.*

¿Cuál creéis que es la pretensión de este mago? Es tan absurda, que estoy seguro no la adivinareis si no os lo digo. Asegura que poniendo un papel bajo el zócalo de una estatua ó en la lápida de una tumba, aparece al poco tiempo escrito por el espíritu del personaje que representa el modelo, ó cuyos restos guarda el sarcófago.

¡Horror, horror, horror... y nada más que horror!

¡Esto se escribe en 1857, esto se cree en 1860, esto se propaga entre nosotros y se defiende como verdadero! Las casas de locos no contienen más que á los desgraciados que son enviados como tales, lo mismo que los presidios no contienen á todos los *pícaros* que andan por el mundo. Hay hombres con mucha suerte, y no la tiene chica el señor baron de Guldenstubbé en andar suelto.

M. Morin que había oído hablar de estas maravillas, le suplicó á este celeberrimo baron, que le concediese presenciar una sesión para poder escribir de ella como testigo ocular. Concedida que fué, M. Morin llevó papeles sellados para que no se las cambiasen. En uno de los salones del Louvre pusieron á los pies de las estatuas estos papeles; pero aquel día los espíritus no escribieron. ¡Qué casualidad!

El baron se disculpó diciendo, que los espíritus se retraían cuando había personas extrañas. Por supuesto: como que entonces no es fácil hacer *gatuperios*.

Es el colmo del ridículo la obra del susodicho baron. Las descabelladas de M. Cahagnet tienen muchísimo mejor criterio. Todo es relativo.

En todo esto no sabemos qué admirar más, si la audacia del autor ó la estúpida credulidad de los afiliados, que admiten como cierto que las estatuas y las lápidas escriben en francés, inglés y griego. Porque es menester advertir una cosa, y es, que cada espíritu escribe en su lengua natal, y el señor baron pone en su obra un gran número de *fac-similes* de las escrituras que por su procedimiento ha obtenido.

El autor asegura que los hechos inscritos en su obra están probados por la presencia de una multitud de personas; á lo que le contesta M. Morin:

«No sabemos de qué pruebas quiere hablar M. de Guldenstubbé; su libro no tiene ninguna. Cita, es verdad, una docena de personas que han asistido á sus sesiones; pero no da relación certificada de ellas. (Que nos enseñe documentos que demuestren que los papeles han permanecido *constantemente vigilados* por los espectadores. Pero estas pruebas se harán esperar largamente, y siempre se dispensará de la reproducción de hechos que se alabarán de tener á su disposición, y los cuales no pueden obtener los demás.»

Esta es una parte de la *metralla* que con gran razón le dirige uno que le conoce y vive en la misma ciudad en que se verifican estos prodigios.

Por nuestra parte no queremos añadir más que un consejo. Si conociéramos al insigne baron, le diríamos: Amigo, cuidado con progresar demasiado en esa ruta de maravillas, y cuidado con hacerse demasiado familiar con las estatuas. ¿No veis que si ya habeis conseguido que escriban, pueden también moverse, ó mejor dicho, ya las habeis hecho mover? Pues idos con tiento, porque con las patas que escriben pueden dar también co-

ces... Baron, huid de vuestras estatuas; baron, mirad que pueden conjurarse y maltrataros en venganza de hacerlas escribir tanto, y por cierto, baron, que no podreis recurrir al amparo de las autoridades; pues ni las leyes ni el código penal han podido prever que haya necesidad de sentenciar á una estatua á trabajos forzados, ó tal vez á ser fusilada.

Paris. — Parte telegráfica. — El sentido comun sigue malo, muy malito, muy malito...

VICENTE RUBIO Y DIAZ.

Revista de Paris.

Bailes y mas bailes : hé ahí el resumen de la semana. Entre los mas concurridos y brillantes debemos contar el que se dió el lunes en el Hotel de Villa. Todos los hermosos salones de este gran palacio estaban abiertos y resplandecian de luces y de flores. El senador prefecto del Sena M. Haussman y su señora, colocados en el salon de entrada en lo alto de la escalera principal, recibian á los convidados. El baile tenia lugar en la gran galeria de las Fiestas. La concurrencia era numerosa y escogida : encontrábase allí muchas señoras extranjeras que lucian ostentosas galas. Varios ministros, muchos miembros del cuerpo diplomático, magistrados, senadores, diputados, mariscales, etc., asistian á este gran baile, que se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada.

Parece ser que en Tullerías no habrá mas que un gran baile este año, al que seguirá otro baile de trajes en los aposentos privados de S. M. la emperatriz.

Los bailes de los ministerios han comenzado ya, pero aun no se ha dado el que sin duda se llevará la palma, que será el del conde Walewski, para la inauguracion de los nuevos salones del ministro de Estado. Dícese que estos salones presentan un aspecto maravilloso. El salon principal y el teatro tienen pinturas bellísimas ejecutadas por M. Marechal.

Los aposentos del ministro de Estado en el nuevo Louvre ocupan todo el pabellon Turgot, cuya entrada da á la plaza del Palacio Real. El patio es muy vasto. Las habitaciones principales que están en el primer piso, se componen principalmente de dos comedores, tres salones, uno de ellos para teatro, y un gran salon de baile.

Este último, que se abre sobre dos terrados, uno al Mediodia y otro al Poniente, es la pieza principal de tan grandiosa morada. Tiene las dimensiones del salon de los Mariscales del palacio de Tullerías, y en su adorno se ha prodigado todo cuanto puede inventar el genio francés, que en materia de gusto y de lujo posee una fecundidad incontestable.

El salon del teatro es una obra maestra de elegancia, y solo está separado del salon de baile por unas colgaduras gigantescas de terciopelo encarnado. Dos grandes consolas doradas que tienen cada una un jarron de porcelana de Sevres, colocadas enfrente, dan un carácter de riqueza indecible á este salon que sin duda no tiene rival en Paris.

Esperemos la fiesta. Los numerosos bailes de estas noches no impiden sin embargo que los parisienses acudan á ver una comedia que se ha estrenado en el Teatro Francés y que ha obtenido un éxito ruidoso. Titúlase *Los Desvergonzados* (Les Effrontés), y está escrita por un autor de mucho ingenio y que ha recogido ya muchos laureles teatrales, M. Emilio Augier. El emperador asistia á la primera representacion, y mas de una vez dió la señal de los aplausos.

Propiamente hablando, esta nueva produccion de M. Augier no es una comedia, pues carece de intriga y por consecuencia del interés que de ella se desprende; es mas bien una sucesion de retratos que el autor atavia á su modo y que pasan por delante del espectador dándose á conocer en su mayor parte, no por sus virtudes, sino por sus defectos. Vemos pues un banquero como hay tantos en esta época de empresas sospechosas, varios periodistas que venden á cualquier precio que les paga, su conciencia y su pluma, y otros tipos del mismo jaez; es, en suma, un mundo con el que tropezamos sin cesar, y en el cual apenas se distingue una fisonomia digna de aprecio. Si á esto añadimos que la pieza está escrita con una osadía y una audacia que no teme herir susceptibilidades de ninguna especie, y que el desempeño por parte de Regnier, Got, Delannay, etc., es una obra maestra de ejecucion, habremos dicho lo suficiente para que su éxito se explique y se comprenda.

El mundo literario ha sufrido una gran pérdida en esta semana. Enrique Murger, uno de los ingenios mas privilegiados de Francia, ha muerto en una casa de sanidad, como si dijéramos en un hospital, de una enfermedad aguda que le ha llevado al sepulcro en ocho dias.

Murger era muy pobre; pero afortunadamente á la primera noticia de su enfermedad todos sus amigos han puesto á su disposición recursos abundantes. Rotschild le envió al instante dos mil francos, el ministro de Estado 500, y M. About escribió al director de la casa de sanidad abriendo en favor del enfermo un crédito ilimitado. Al menos en sus últimos momentos el desgraciado escritor habrá visto que no eran estériles las simpatías particularmente afectuosas que mereció á su vasto círculo de amigos.

Enrique Murger habia nacido en Paris en 1822 de una familia pobre y oscura, de modo que apenas recibió la educacion mas elementaria. En 1838 fué recomendado á un ruso muy rico, el conde Tolstoi, que le nombró su lector y secretario. Leyendo al conde Tolstoi las obras de los principales autores contemporáneos, Murger cobró afición á las letras y principió por escribir algunas poesías, que se quedaron sin imprimir por falta de editor, así como su poema titulado «Via dolorosa.»

El poeta, amigo de libertad, salió de casa del conde Tolstoi y entró en la vida de miseria y de alegría que ha descrito tan

bien y con tan gran éxito en sus «Scènes de la vie de Bohème.»

Esta es su obra importante, la que le abrió las puertas del teatro, de la prensa y de los editores. Murger ha escrito en las principales publicaciones periódicas de Paris; ha dado al Teatro Francés una bonita comedia «Le Bonhomme jadis,» ha escrito otras piezas teatrales en colaboracion con distintos autores, y además de un crecido número de artículos y de poesías sueltas en los diarios, ha publicado media docena de volúmenes que han completado su reputacion literaria.

Murger era un poeta, un verdadero escritor, lleno de chiste y de gracia, una gracia comunicativa cual ninguna. Así sus libros, aunque escritos en prosa, rebosan una inspiracion poética sostenida; aunque es un parisiense refinado, amigo de los estudiantes y las grisetas, Murger delira por el campo; se conoce que la vida sencilla de las aldeas tiene para él hechizos particulares, y este amor á la naturaleza junto con el conocimiento de la vida parisiense, le dan un cierto modo de ver y de juzgar las cosas humanas, que es el sello característico de su talento.

A sus funerales han asistido los principales escritores de Paris, con muchos artistas y cómicos; sería imposible nombrar á las personas que seguian el carro fúnebre, pues pasaban de ochocientas.

En el campo santo se pronunciaron tres discursos sobre la tumba de Enrique Murger; el primero por M. Eduardo Thierry en nombre de la sociedad de los escritores; el segundo por M. R. Deslandes, en nombre de la sociedad de autores dramáticos, y el tercero por M. A. Vitu, amigo de Murger.

Murger ha dejado un sentimiento unánime, y su nombre no se olvidará en mucho tiempo.

A juzgar por el principio el año 1861 podria ser algo mas literario que sus últimos predecesores. Es verdad que los años suelen dejar burladas las promesas que hacen á su advenimiento; pero en suma, contentándonos con lo presente, tenemos que señalar una novedad importante.

M. Michelet, que ha alcanzado tan ruidosos triunfos con sus dos producciones *el Amor* y *la Mujer*, acaba de dar á luz una nueva obra que no es por cierto inferior á esas que citamos. Esta tiene por título *el Mar*, asunto vasto, interesante y digno de una imaginacion como la suya.

El autor se ha mostrado aquí tal como lo conocemos hace muchos años: profundo observador, filósofo, pintor de un colorido acentuado, y sobre todo poeta.

Su libro no es de los que se prestan al análisis: hay en él tantas cosas desconocidas, tantos hechos curiosos, rebosa tanta poesia en cada página, que todo el que comienza á leerle, quisiera no soltarle de la mano hasta su conclusion.

Desearíamos poder dar una idea de la obra citando algunos capítulos; pero desgraciadamente la traduccion ofrece obstáculos casi insuperables; la forma está tan íntimamente unida al pensamiento, y esta forma acusa un trabajo tan delicado, que apenas se puede tocar á él sin poner en peligro la idea: habria que proceder aquí como en la traduccion de poesías, haciendo una imitacion, pues la version literal es casi imposible.

Sin embargo, á pesar de nuestra insuficiencia queremos trasladar aquí las líneas en que M. Michelet trata de las perlas.

«Comprendo muy bien, dice el autor, lo que siente en presencia de la perla el corazon ignorante y hechicero de la mujer... La perla no es una persona; — pero no es una cosa. En ella hay un destino.

¿Qué hermosa blancura! No; candor, queria decir, — ¿virginal? no; hay mas pureza aun; las vírgenes y las niñas, por suaves que sean, tienen siempre una punta de malicia. El candor de la perla sería mas bien el de la inocente esposa, tan pura, pero sometida al amor.

Ninguna ambicion de brillar; la perla amortigua y casi apaga sus fulgores. En ella no se ve al pronto mas que un blanco mate, y únicamente á la segunda mirada se principia á descubrir su iris misterioso, su oriente.

— ¿Dónde ha vivido?
Preguntádselo al profundo Océano.

— ¿De qué ha vivido?
Preguntádselo al sol. — Vivió de luz y de amor á la luz, como habria podido hacerlo un espíritu puro.

¿Gran misterio!.... Pero ella misma le aclara. Se conoce que ese ser tan dulce ha vivido durante largo tiempo inmóvil, resignado, en la quietud que hace «esperar esperando» sin querer nada mas que aquello que quiere el ser amado.

La hija del mar habia depositado su hermoso sueño en su concha, y esta en su nácar, y el nácar en su perla, que no es sino ella misma concentrada.

Pero dicen que esta última no se produce sino por una herida, un sufrimiento permanente, un dolor casi eterno, que atrae, absorbe todo el ser, destruye su vida vulgar en esa divina poesia.

He oido decir que las altas señoras del Oriente y del Norte que son algo mas delicadas que nuestras ricas advenedizas, evitaban los resplandores de los diamantes, y solo permitian que tocara su fino cutis la dulce perla.

En realidad el brillo del diamante es nocivo al brillo del amor. Un collar, dos brazaletes de perlas constituyen la armonía de una mujer, el adorno verdaderamente femenino que en vez de divertir conmueve, despierta la ternura.

Ese adorno dice:
— Amémos sin ruido.

La perla parece estar enamorada de la mujer y la mujer de la perla. Las señoras del Norte, en cuanto una vez se las han puesto, ya no se las quitan; las llevan de dia y de noche, las ocultan debajo de los vestidos, y hay ocasion en que á través de las ricas pieles, siempre forradas de raso blanco, se distingue la joya, el inseparable collar de perlas.

Es como la túnica de seda que la odalisca lleva debajo, y que mira con tanto cariño que solo se la quita cuando está usada, desgarrada, fuera de combate, sabiendo que es un talisman, el infalible agijon de amor.

Así la perla. Como la seda, se impregna de lo mas íntimo

y bebe la vida. Una fuerza desconocida introduce en ella una virtud de la mujer amada. Cuando ha dormido tantas noches sobre su seno, en su calor; cuando ha recogido el ámbar de su piel, y ha tomado esos rubios matices que producen el delirio del corazon, la joya no es ya una joya, sino una parte de la persona que no deben profanar ojos indiferentes: uno solo tiene derecho para sorprender en su collar el misterio de la mujer idolatrada.»

Hé ahí una muestra del nuevo libro de M. Michelet, que da una idea de lo que es todo él desde la primera hasta la última página.

En la noche del viernes último ha habido una fiesta muy singular en el lago pequeño del bosque de Boulogne llamado de Longchamp. SS. MM. el emperador y la emperatriz acompañados de una concurrencia escogida habian ido á patinar por el lago; los árboles estaban cargados de linternas de colores; por el hielo corrian trineos iluminados, y señoras y caballeros se deslizaban por la tersa superficie, llevando una antorcha en la mano que producía los efectos de luz mas originales. De tiempo en tiempo se lanzaban al aire fuegos de Bengala que acababan de dar al cuadro el mas fantástico colorido. El frio era intenso; sin embargo, los parisienses están desconsolados porque la noticia de esta fiesta se ocultó lo bastante para que no pudieran concurrir á ella mas que las personas convidadas.

En la página 88 damos el retrato de una notabilidad teatral, de quien dijimos algunas palabras á su aparicion en la escena francesa. Es Mlle Karoly, que se ha presentado á ocupar el puesto que la Rachel ha dejado vacío en el arte clásico. La fama de Mlle Karoly aumenta cada dia, y sus admiradores esperan que pase del Odeon al Teatro Francés, donde creen obtendrá iguales triunfos y con ellos la completa consagracion de su indisputable talento.

MARIANO URRABIETA.

Las estrellas.

— ¿Porqué siendo tan puras
Tan tímidas, tan bellas,
Y siendo tan hermosa
Su dulce claridad,
Caminan por el cielo
Las pálidas estrellas
Buscando de la noche
La triste oscuridad?

— Honestas como el rayo
De tu gentil mirada,
Tan castas como el fuego
De tu amoroso afán,
Alumbran de la noche
La sombra sosegada
Y un pudoroso brillo
Sus resplandores dan.

— ¿Qué son esas estrellas,
Decid, que mi alma adora?
¿Porqué yo miro tanto
Su inquieto resplandor?
— Son lágrimas que el cielo
Sobre la tierra llora.
— ¿Son lágrimas de pena?
— Son lágrimas de amor.

José SELGAS.

Mauricio (Isla de Francia).

Dos entendidos fotógrafos franceses, MM. Chambay y Legorgne, han traído de la isla Mauricio una numerosa coleccion de vistas y de escenas de una ejecucion notable y de mucho interés, de la cual vamos, con su permiso, á reproducir algunas.

El primero de nuestros grabados representa el puerto de la ciudad principal, Puerto Luis; no figura en cierto modo mas que una parte de ese vasto panorama, pero ella basta para dar una idea de ese puerto, el mas importante de la colonia, el mas seguro del Océano indio, y la clave del poderío marítimo inglés en esas aguas.

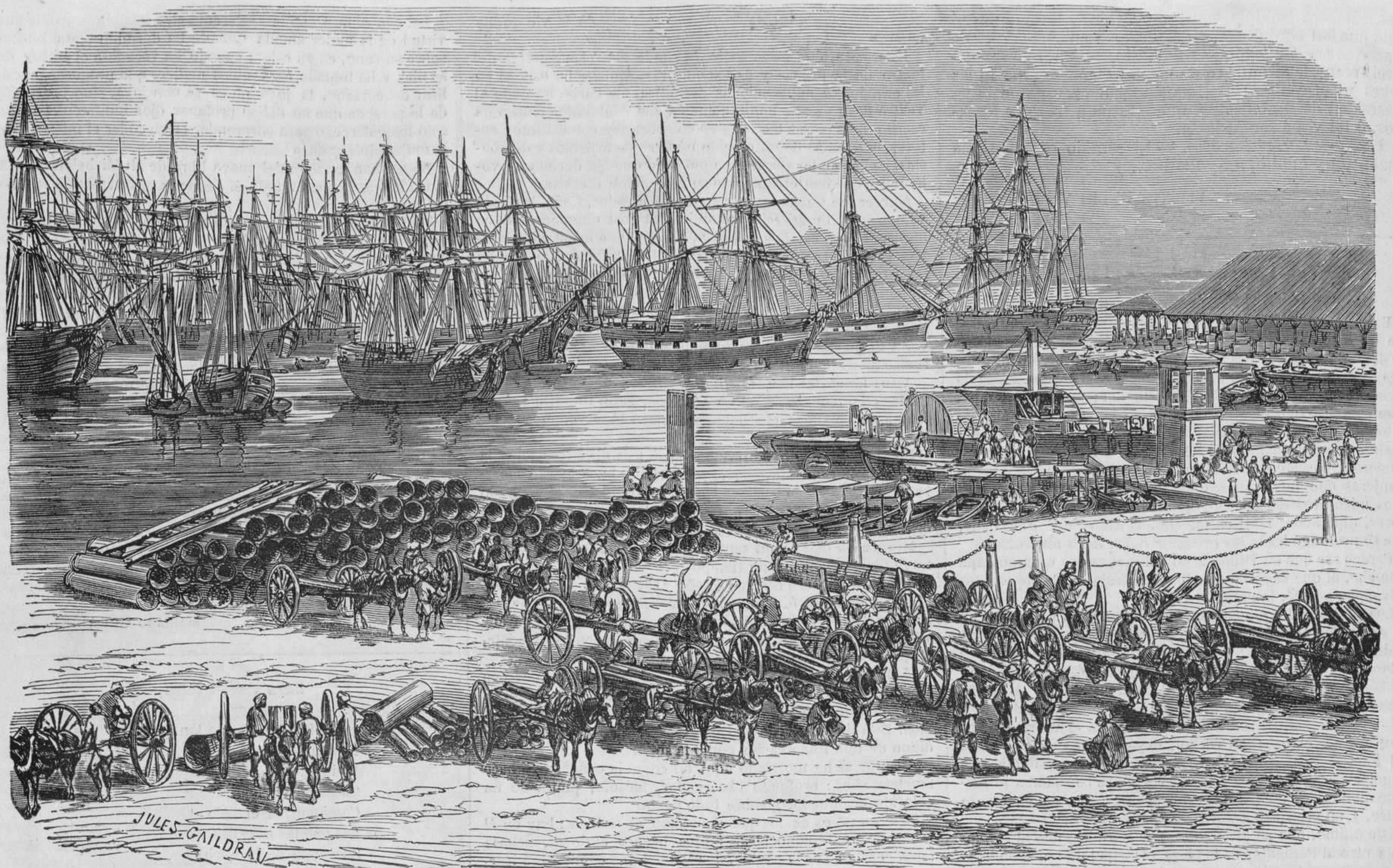
Sobre la derecha se hallan las construcciones y las dársenas de los *maritim docks*; á lo lejos, á la izquierda, están los fuertes que defienden la entrada de la rada, y los tres diques de la carena que son grandes y hermosos. Todos estos establecimientos son debidos á la industria privada; el gobierno no ha tomado parte alguna en su construccion.

Sobre los muelles se elevan vastos cobertizos de hierro donde se depositan las muchas mercancías desembarcadas ó embarcadas en Puerto Luis; delante se extiende la plaza de Armas en cuyo centro se eleva la estatua del fundador de la colonia, Mahé de Bourdonnais, cuya inauguracion tuvo lugar el 30 de agosto de 1859.

El movimiento marítimo de Puerto Luis toma cada dia mayor extension; ya en 1858 recibia 738 buques de un porte total de 308,642 toneladas, es decir, tanto como los puertos mas importantes de Francia y de Inglaterra.

En ocho años la poblacion de esta colonia ha aumentado un tercio, y se eleva hoy á 300,000 almas por la inmigracion de trabajadores indios. Bajo la influencia del trabajo libre, la produccion de azúcar habrá llegado en breve á la cifra colosal de 300 millones de libras; las rentas públicas se aumentarán considerablemente, y de esto resultarán mejoras de toda clase para la colonia.

Entre estas mejoras debemos contar el establecimiento de las líneas de camino de hierro y la construccion de

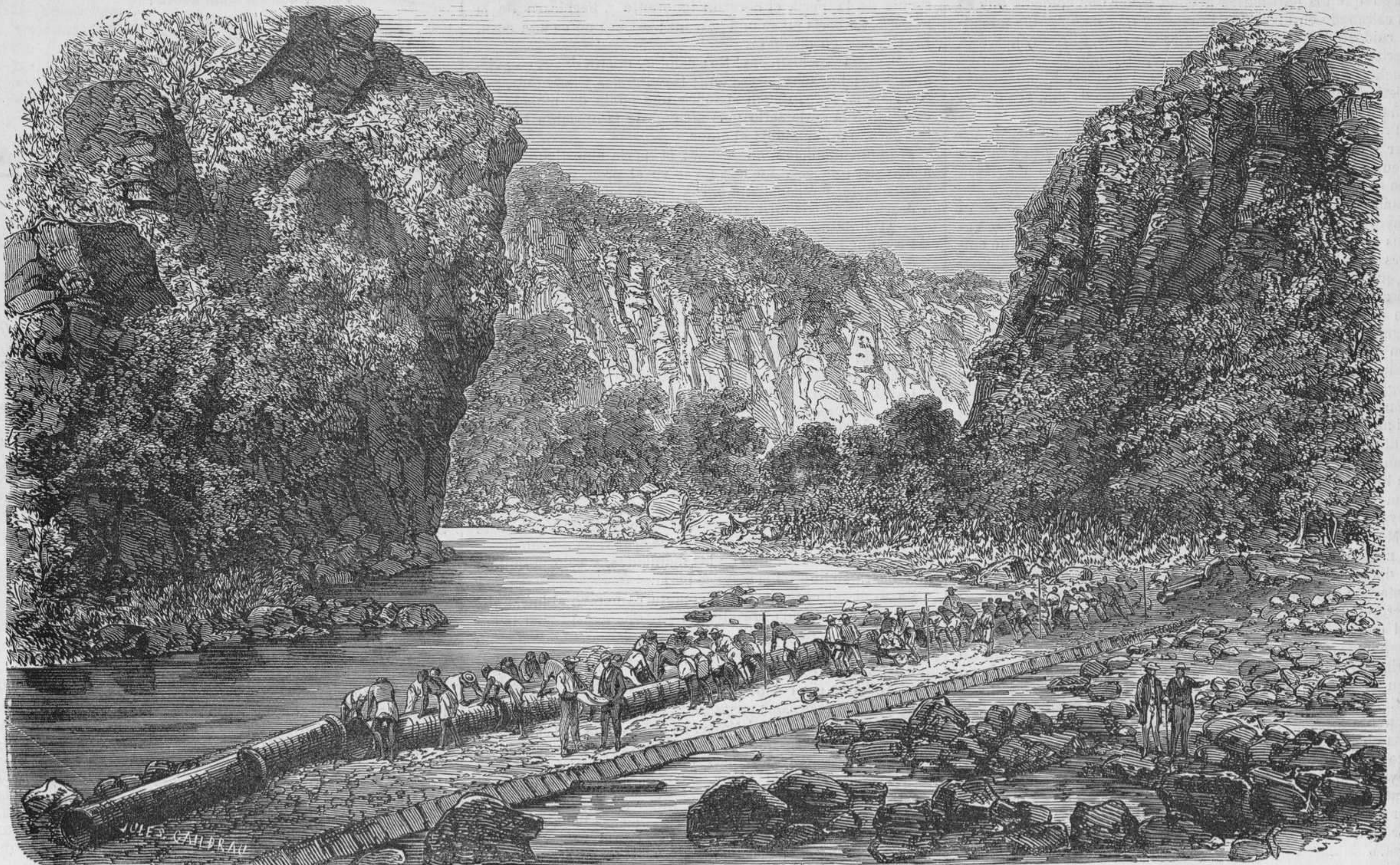


VISTA DE PUERTO LUIS (ISLA MAURICIO)

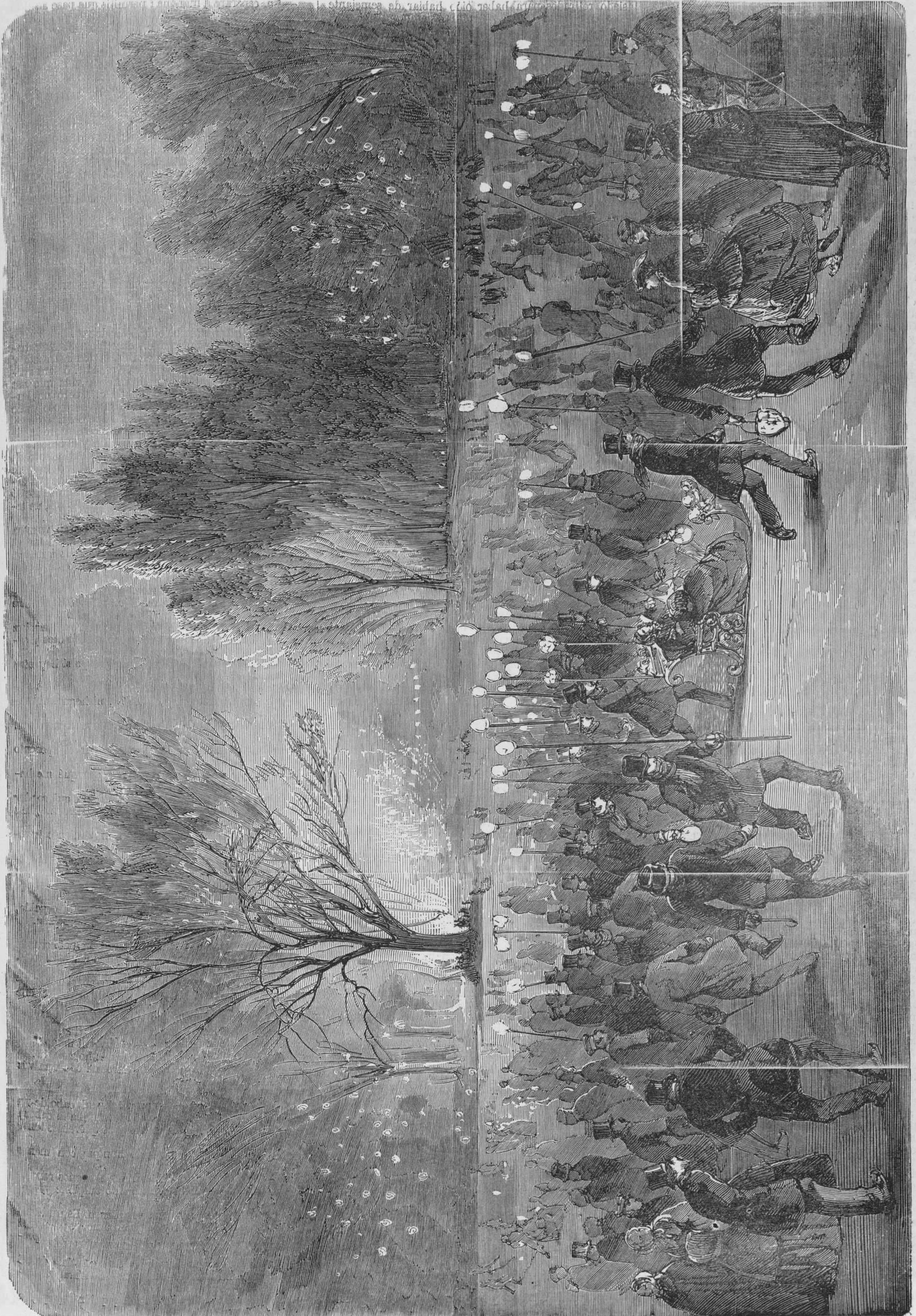
un acueducto destinado á conducir las aguas á Puerto Luis. Nuestra segunda lámina representa el aspecto de las obras tales como se prosiguen actualmente en el cauce del Gran-Río. No se puede imaginar nada mas pintoresco. Diríase que la tierra se ha desgarrado violentamente en alguna convulsion súbita para dar paso á las aguas

de ese río que toma á veces vastas proporciones por las tormentas que se desencadenan en esas comarcas. La corriente lleva sus ondas hasta el mar, entre dos inmensas murallas de basalto que se elevan á grande altura. Por todas partes donde la grieta ha sido menos honda, el río forma gigantescas cataratas que caen mugiendo y

levantan hasta el cielo nubes de espuma, entre las cuales se dibujan los arcos iris mas vistosos. Al municipio de Puerto Luis y á su alcalde M. Jorge de Courson, se debe esa inmensa obra que en breve estará terminada, y llevará el agua suficiente á la poblacion de Puerto Luis, que asciende ya á 70,000 almas.



OBRAS DEL NUEVO CANAL EN EL CAUCE DEL RIO GRANDE (ISLA MAURICIO).



FIESTA NOCTURNA EN EL LAGO DE LONGCHAMP.

El emperador ha juzgado útil trasportar cierto número de estos aparatos hasta el primer campamento que ha sido formado por la compañía mas allá de la orilla interior del lago. Este campamento se llama El-Kantara.

Las diferentes piezas de que se compone una de estas palas han atravesado el lago fácilmente en lanchones. Luego las desembarcaron. Pero lo difícil era trasladarlas al punto de su destino por un terreno, que aunque no presenta grandes cuevas, no tiene caminos, ni aun senderos.

El dibujo que ofrecemos á los lectores representa las disposiciones que se tomaron para esta difícil maniobra.

La caldera, de un peso de 5,000 kilogramos, fué revestida de madera, presentando el aspecto de un rodillo compresor. Nueve camellos la arrastraban.

Los volantes de la máquina reunidos por un eje, fueron convertidos en ruedas de carro.

Gracias á esta ingeniosa combinación la primera pala pudo atravesar, aunque no sin trabajo, el terreno ligeramente ondulado que conduce al campamento de El-Kantara.

El convoy partió de la aldea de Sané situada á corta distancia de las ruinas de la antigua Soan, donde M. Mariette acaba de hacer excavaciones que prometen á la ciencia los mejores resultados. Soan es sin duda alguna la antigua capital de los reyes pastores. Los monumentos que allí se descubren presentan señales de la antigüedad mas remota.

Los jefes que han dirigido esta operacion con la mayor inteligencia, han sido admirablemente secundados por los obreros y los conductores que tienen á sus órdenes. Los indígenas tambien han demostrado el mayor celo, y parece que comunicaron su ardor á los animales. El camello que figura á la cabeza de nuestro dibujo que habia sido elegido por su fuerza, trabajó tanto, que sucumbió al llegar á El-Kantara. P. D.

LOS AVENTUREROS.

(Continuacion.)

Aunque seguimos adelante, no encontramos á nadie bajo los árboles ni al pié de la montaña.

Debo confesar que la llegada de un caballero francés al campo de los Cuchillos de oro no parecia producir el menor efecto.

Sin embargo, á medida que adelantábamos, los ruidos humanos parecían hacerse mas perceptibles. Hablaban y cantaban; y cuando la brisa venia de cara hubiésemos jurado oír los ecos de un violin.

Encontrándonos ahora á dos ó trescientos pasos de las



MAQUINA LOCOMOVIBLE PARA LAS OBRAS DEL CANAL DE SUEZ.



Mlle KAROLY, TRAGICA FRANCESA. (Véase la Revista de París).

dos rocas simétricas de que he hablado antes, presenciábamos un espectáculo que nos dejó estupefactos.

Los gigantes pedestales tenían cada cual su estatua. Un hombre acababa de aparecer en cada plataforma. Los dos estaban armados de carabinas. El uno, cuyas piernas estaban desnudas, llevaba una corta manga americana, trofeo quizá de la última batalla: el otro vestía un pantalón de marinero y un jubón de lienzo.

Un tercer personaje fué á situarse entre los dos peñascos.

— Apuesto mi manga contra los pantalones de Tony, dijo el de las piernas desnudas con voz fuerte y clara.

— Yo apuesto mis pantalones contra la manga de Sam, respondió el marinero.

Tony se quitó el pantalón, el cual arrojó abajo de la roca: Sam hizo lo mismo con su manga.

El personaje que se habia colocado entre los dos peñascos cogió ambas prendas y preguntó: — ¿Jugais como amigos, de buena fe?

— Como amigos y de buena fe, respondieron Tony y Sam al mismo tiempo.

— Adelante pues, dijo el testigo.

Sam y Tony se apuntaron. Dos tiros sonaron á la vez. Sam permaneció de pié.

Tony cayó de cabeza de lo alto de la roca. La bala de Sam le habia roto el hueso frontal.

— Sam bajó tranquilamente y se puso el pantalón acto continuo.

Un gran murmullo de incredulidad se levantó en el auditorio de M. Villiers.

— ¡Chiton! ¡chiton! dijo la marquesa.

— ¡Por un pantalón!... protestó una vizcondesa.

— ¡Matar á un hombre! añadió otra vizcondesa.

— ¡Y apostar la vida! repuso una tercera vizcondesa.

— Esto sucede así en Sierra-Nevada, señoras, dijo el anciano general O'Brien... Nada hay en el mundo mas verídico que las impresiones de viaje... Si no quereis creerlo, os convido á irlo á ver.

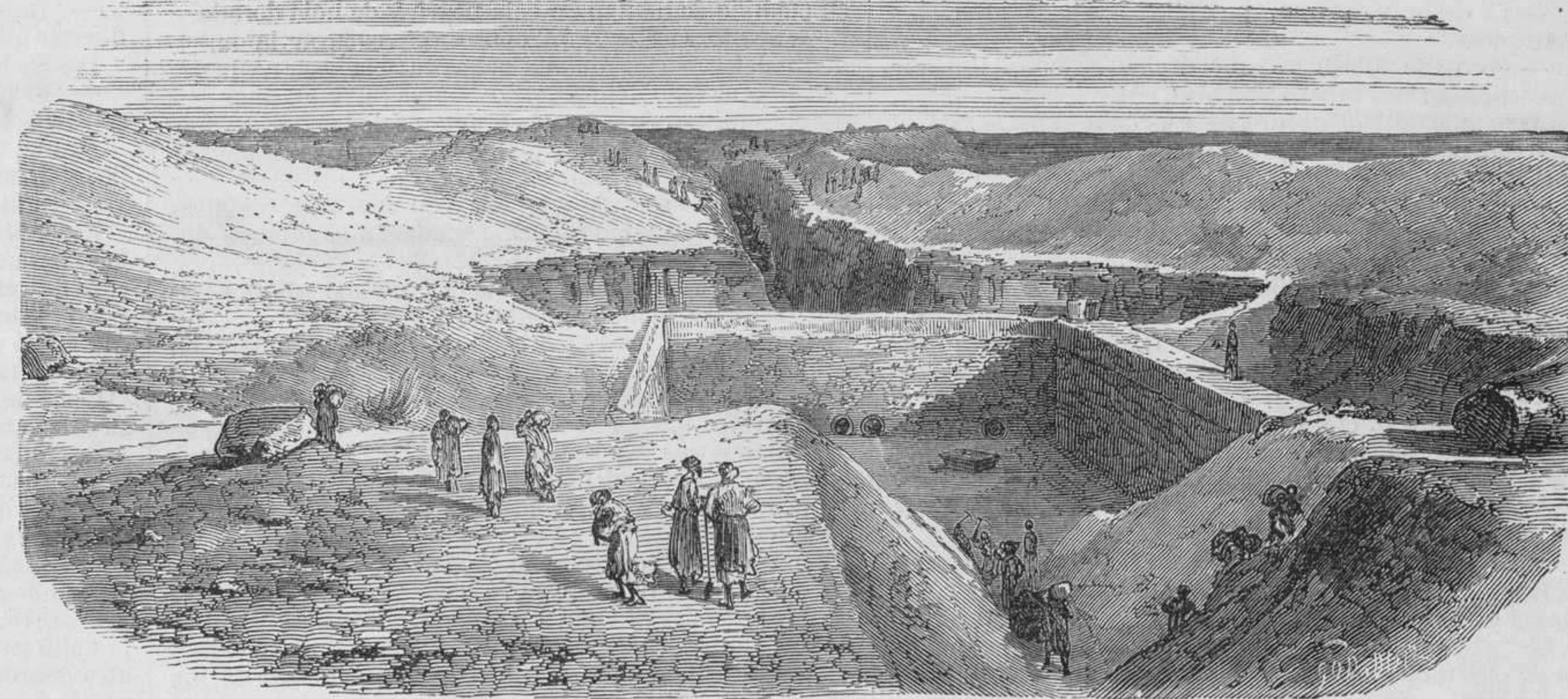
— ¡Magnífico! exclamó Enrique de Villiers; ¡heme aquí acusado otra vez de mentiroso!

— No hegais caso, replicó vivamente la marquesa; estas señoras no tienen la menor idea de las costumbres extraordinarias...

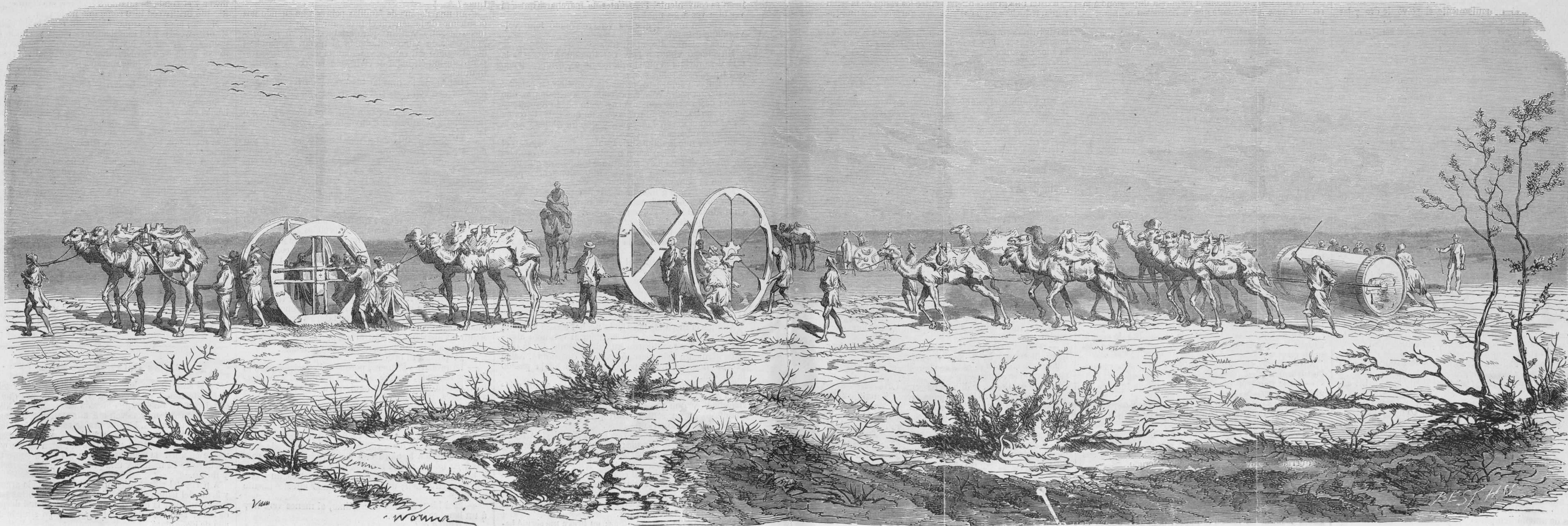
— Perdonad si os interrumpo, querida prima, dijo Enrique; aquí tenemos un testigo... Señor Jorge Leslie, ¿habeis visto algun lance análogo en el Oeste?

— He presenciado el mismo hecho que referis, respondió Jorge con indiferencia.

Al oír esto, notóse cierta sorpresa en el semblante de Enrique de Villiers.



VISTA DEL FIN DEL CANAL, DEL DIQUE Y DE LA TRINCHERA PRINCIPAL EN BIR-A-BU-BALA.



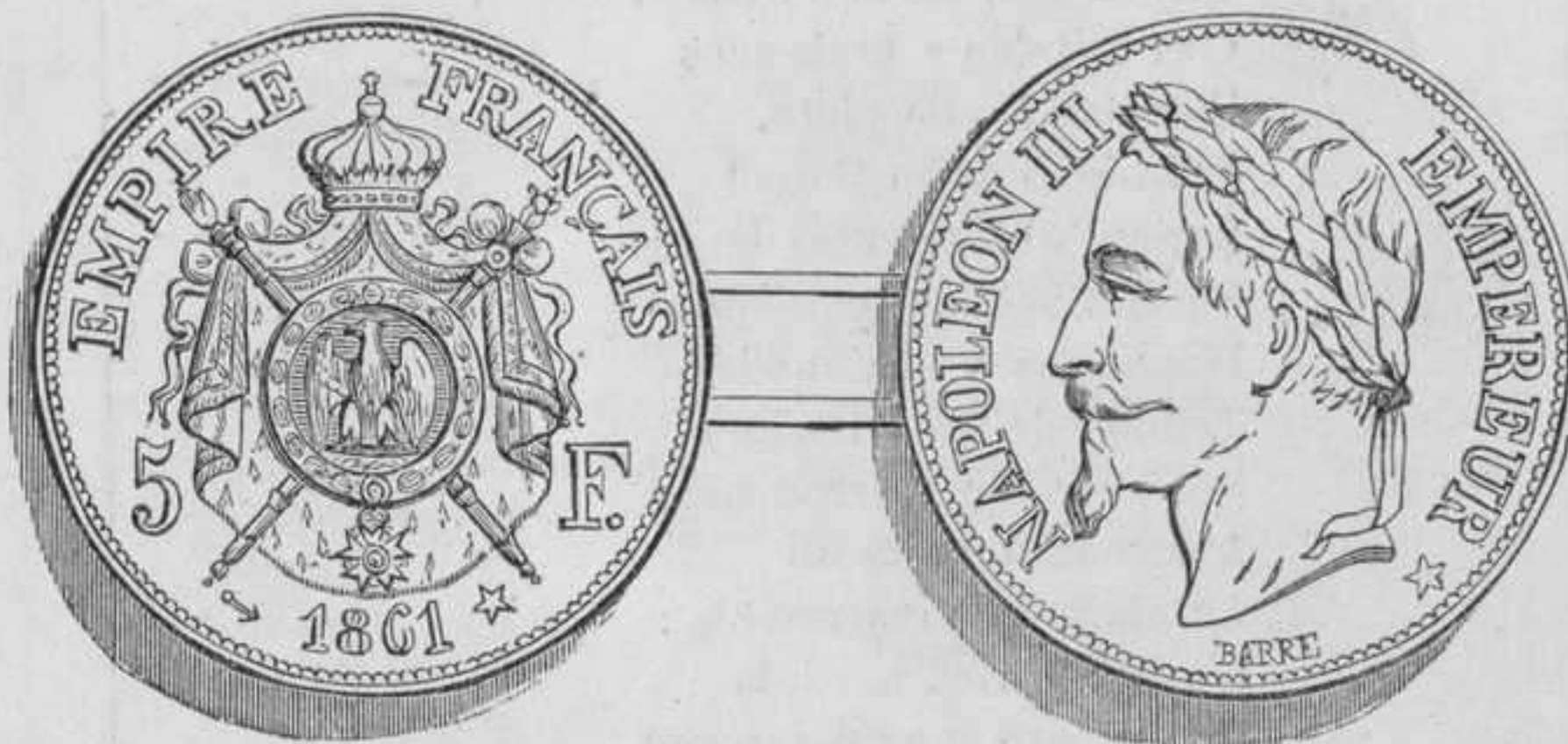
TRASPORTE DE UNA PALA EN EL ISTMO DE SUEZ PARA LAS OBRAS DEL CANAL.

Nuevos tipos

DE MONEDAS FRANCESAS.

Hé aquí los nuevos tipos de las monedas con efigies coronadas de laurel cuya emision se hará próximamente, y que han sido grabadas por M. A. Barré, grabador general de la casa de Moneda de Paris.

Las de oro (100 fr., 50 fr. y 20 fr.) tienen la efigie vuelta á la derecha, y al otro lado las armas del imperio con el escudo cuadrado. Las de 10 fr. y 5 fr. de oro conservan el reverso actual. Las monedas de plata de 50 cent. y 20 cent., así como las de bronce, conservan igualmente el antiguo reverso. Las monedas de plata de 5 fr., 2 fr. y 1 fr. tienen la efigie laureada vuelta á la izquierda, y en el reverso las armas del imperio con el escudo redondo.



NUEVOS TIPOS DE LAS MONEDAS FRANCESAS.

Baile dado al principe imperial

POR LA PRINCESA MATILDE.

Hé aquí un baile de un carácter original, que no se parece en nada á los que todos conocemos, un baile de niños, animado por una alegría inocente y sincera como todas las cosas de la infancia; nada de pretensiones, ni de cere-

monias, ni de coquetería calculada: los niños se divierten sin pensar mas que en divertirse, y las parejas en miniatura no tropiezan jamás con los apuros de una conversacion embarazosa. La dama, sin andarse en rodeos, dirige la primera la palabra al caballero, y le pregunta sin ruborizarse si le gustan los confites, á lo cual responde el caballero francamente que prefiere las almendras. Y luego empiezan las confidencias

interminables sobre la muñeca del dia de Año nuevo, sobre la linterna mágica, los soldados de plomo, las comidillas y otros cien asuntos á cual mas interesantes. Las madres, muy serenas en cuanto á las resultas de estas conversaciones íntimas, disfrutan el placer de ver á sus querubines felices y admirados, y solo vigilan á sus niñas para que no se caigan y rueden por la alfombra.

El príncipe imperial habia suplicado á su prima la princesa Matilde que le diera un baile de trajes, y el baile tuvo lugar el sábado último en el palacio que habita la princesa en la calle de Courcelles. La fiesta principió á las cuatro de la tarde, y figuraban en ella unos cuarenta niños vestidos de postillones, arlequines, payasos y marqueses, con sus correspondientes parejas disfrazadas tambien con trajes del mejor gusto; ninguno tenia menos de cuatro años ni mas de



JULES. GAILDRAU

BAILE DADO Á S. A. EL PRINCIPE IMPERIAL POR S. A. I. LA PRINCESA MATILDE.

diez. El príncipe imperial llevaba un traje de marqués, el mas galante que puede imaginarse; todos gritaban y reían saltando con un desprecio del compás que daba gusto verlo. Los caballeros besaban á las bailarinas, que por cierto no se formalizaban con tal osadía.

El emperador fué á presenciar algunos instantes el espectáculo encantador que ofrecia la fiesta.

A las siete hubo gran comida; casi todos los convidados tenian la barba en el plato, lo que no les impedía comer con buen apetito.

Al levantarse de la mesa se notó (¿me será permitido decirlo?) que el príncipe imperial se habia quitado sus zapatitos de tacones rojos; y como las damas de su servidumbre le observaran que no podia permanecer descalzo, S. A. respondió con un tono de súplica y de sentimiento á la vez:

— Mamá me ha permitido que haga lo que yo quiera.

Príncipe, quitaos los zapatos cuanto gustéis, y ojalá no tengais nunca un capricho que cueste mas caro á vuestros súbditos.

A las ocho y media S. A. I. la princesa Matilde, que habia presidido á esta fiesta infantil con una gracia perfecta, repartió cajas de dulces á sus convidados, y bailarines y bailarinas se fueron á acostar un poco cansados de haber estado en pié hasta tan tarde. X. F.

Ayer. — Hoy. — Mañana.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA ALEJANDRINA VELEZ.

I.

AYER en el patrio suelo
Brillabas sobre el pensil
De bellas flores que el cielo
Custodiaba con anhelo
Para ornar el grato abril.

Ayer, boton elegante,
A la sombra de la rosa,
Al beso de brisa errante
Te inclinabas vacilante
Bajo tu guarda amorosa.

Yo te ví, boton precioso,
Y presagié tu belleza:
El ángel de la pureza
Velaba ya con ternura
Sobre tu cáliz hermoso.

II.

Hoy, trasplantada al viejo continente,
Levantas tu corola perfumada;
Y entre escogidas flores, flor preciada,
Reinas, por tu hermosura, sin rival.
Regálante las aves dulces cantos,
El aura te acaricia blandamente,
Vida y luz y color resplandeciente,
En tí derrama el astro celestial.

Tu aroma embriaga, delirante pone;
En tus formas la gracia se revela:
La luz de la esperanza que consuela,
De tu corola aumenta el resicler.
En tí se ve la candidez del lirio;
Vese en tí la virtud del amaranto;
Mas viva que en la hoja del acanto,
En tí la inspiracion se deja ver.

III.

MAÑANA para tí la primavera
Vendrá trayendo sus opimos dones;
Por tí mañana plácidas canciones
El ángel de los campos alzará.
El ruiseñor en la floresta umbrosa,
Al compás de la fuente que murmura
Y del eco lejano en la espesura,
Por tí sus tonos ledo ensayarán.

El almo Sol, con tibios resplandores,
Sobre tu cáliz verterá la vida;
Dulce beleño, calma apetecida
La casta luna te dará feliz.
Jamás el vendabal embravecido
Agitará tus pétalos radiantes;
Del aljófara las perlas refrescantes
Conservarán tu aroma y tu marfil.

IV.

Un album es la vida do escriben los destinos
Endechas lastimeras ó cantos armoniosos:
El libro de tu vida, con signos diamantinos,
Revela en cada hoja tus hechos venturosos.

Ligera tu barquilla, con vientos favorables,
El mar de la existencia recorre en blanda paz:
El austro embravecido, los rudos temporales
Se alejan y no turban tu calma y tu solaz.

De hinojos en la playa levanto reverente
Mis votos por tu dicha, preciosa Alejandrina;
Que en paz tu corazon y serena tu alba frente,
El Bien y la Esperanza te den su luz divina.

J. M. TORRES CAICEDO.

Aben-Hamet, ó la venganza.

En un álan brios
Que en seis abriles frisaba,
Con caireles y arabescos
Entretejidos de plata,
El insignie Aben Hamet
Rigiendo doscientas lanzas
En combates y contiendas
Dispuestas y alicionadas,
Temido de los cristianos
Por su valor y arrogancia,
Atravesaba animoso
La plaza de Vivarrambra:
Lleva una rica marlota
Que el oro y azul esmalta,
Y en el turbante presecas
Que acerado casco enlazan.
El almaizar guarnecido
De ricas pieles de Arabia,
Y borceguies y espuelas
De hermosas piedras cuajadas,
Y un alfanje damasquino
Que el gran señor le endonara
Como galardón ó premio
De sus proezas y hazañas.
Y al relinchar los bridones
Que espuma nevada lanzan,
Mostrando con sus corvetas
Los herrajes de sus plantas,
Los terrados y ajimeces,
De damas se coronaban,
Con sus sedas de Ispahan
Vestidas de rumbo y gala;
Y de esforzados musulimes
Que en el espacio pugnaban
Por hender á los primeros,
Por gozar belleza tanta.
Al estridente concierto
De clarines y dulzainas,
Sus bravos Abencerrajes
Se enardecen y entusiasman.
Y mas al ver los Zegries
Que con mirarlos se espantan,
Y maldicen cielo y tierra
Y de su extirpe la raza.
Tropel confuso se siente
En torno la linda plaza,
Y se oyen aclamaciones
Y se aumenta la algazara:
Es que el rey Boabdil ya llega
Cercado de agudas lanzas,
De sus súbditos seguido
Que en su conserva marchaban.
Fija su vista sañudo
En la noble cabalgada,
Y en el jefe que la guía
Y que orgulloso la manda.
Tétrico, adusto, sombrío,
Su negro traje contrasta
Con las galas suntuosas
Del súbdito que miraba.
El alentado jinete
Airoso se descabalgaba,
Y se prosterna, y se humilla,
Y reverente lo acata.
Y Boabdil que contenía
Con falso aspecto su saña
Desde la noche funesta
Que el ciprés le recordaba,
Le alargó afable la mano
Y de este modo le habla:
— «Eres el sol de mi cielo;
Eres de mi día el alba;
Aben-Hamet, alza y llega,
Que no te quiero á mis plantas.
Tú das cual la vid y el olmo
Grata sombra, dulce calma,
Donde el ardor se mitiga,
Donde el placer se dilata:
Eres tú de mis guerreros
La flor, la lumbrera mas clara;

De mis corteses amigos
El amigo de mis ansias.
Conduce pues tus valientes;
Sirve de norte á tus lanzas,
Que tu rey en tí confia
Y funda en tí su esperanza:
Y de agasajo y concordia
Te daré una muestra clara
Con la zambra suntuosa
Que te prepara en la Alhambra.
Mañana cuando del día
La luz se muestre mas alta,
Vé al palacio de las Perlas
Que en él Abdallah te aguarda.»
Dijo: y siguió presuroso
Con Mahomet, Mandon, su guardia,
Y siguiendo á la carrera
A su festin se prepara.

No bien Apolo levantó su frente,
Y de Geb-el-Solair en la alta cumbre
Derramó de su rostro refulgente
En la estrellada cámara su lumbrera,
No bien su clara luz resplandeciente
Los remates doró de su techumbre
Ahuyentando la niebla pavorosa
Que envolvía su mole portentosa,

Cuando en diván de púrpura inclinado
El misero Boabdil, mustio, sombrío,
A su insensato frenesí entregado
Y en espantoso y fiero desvarío,
En su deshonra y su dolor postrado,
De su grandeza en el cruel desvío,
La segura venganza meditaba
Que su inmenso poder le aseguraba.

«Sí, por Eblis (1), en su interior clam
Ese pérfido amor, indigno, impuro,
Esas caricias que en mi mal gozaba
Una mujer falaz de un monstruo oscuro
Con que este corazon me desgarraba,
Hallará su exterminio y fin seguro
En el golpe certero y cauteloso
Que le prepara su burlado esposo.»

Entre espectros y sombras se perdía
De su imaginación el vuelo insano,
Y el volcan de su altiva fantasía
Impulsaba su esfuerzo soberano:
Dentro, en su seno el corazon latía
Como el que espera impávido y liviano
Lavar su afrenta y su poder violado,
Su honor y su decoro mancillado.

Súbito negra sombra se esparcía
Y por los ajimeces penetraba
Y la dorada bóveda cubría:
Y el suspirar del viento que vagaba
Con eco sepulcral que estremecía,
En sus rudos bramidos pronunciaba
Entre aquellos fatídicos ornatos
De muerte y exterminio los conatos.

Abdallah pavoroso, inquieto, inerte
Un andar como lento y concertado
En la cercana galería advierte;
Se incorpora resuelto, denodado,
Confianza á su espíritu y su suerte
Del odioso rival el fin trazado,
Y vió el tapiz alzar de la ancha puerta
Y de un guerrero la figura esbelta.

Jóven gallardo y de gentil aspecto
Se adelantó con paso mesurado
Mostrando su candor, su ardor, su afecto
Sobre las alcáfitas prosternado
De Boabdil observó el mirar suspecto,
Y en tan sumiso y reverente estado
Le dijo al rey atento y expresivo:
«Guarde al regio leon el cielo altivo.»

Y el rey se levantó; y lentamente
Cual cauteloso lobo, recorría
Su tenebrosa cámara; impaciente
El paño de su entrada suspendía,
Y vió ordenada su dispuesta gente
Que un profundo silencio mantenía,
Apoyada en sus picas, y esperando
De la suprema voz el regio mando.

Sus pálidas megillas se encendieron;
Su existencia amagaba un rayo impuro;
Su expresion, su mirar se confundieron,
Y en su ficticio estado mal seguro,

(1) Eblis: Satanás.

Fantásticas visiones le surgieron,
Hasta que de su frente el velo oscuro
Se dispó, como disipa el día
La negra sombra de la noche umbría.

«¿Eres tú, Aben-Hamet? alza (repite),
Asienta, asienta de tu rey al lado,
Que tuyo es su divan: y en el convite
Serás el preferido y maspreciado.
¿Quién con tu esfuerzo y tu valor compite?
¿Qué muslim te se iguala denodado?
De los Abencerrajes ostentosos
Eres tú el mas bizarro y animoso.»

Y lo estrechó en sus brazos complaciente;
Tomó su espada y ponderó su acero;
Le arrebató el puñal que reluciente
En la faja guardaba; y lisonjero
Por sus ropas de seda libremente
Discurría con aire placentero,
Y vió que entre sus galas no se
Jacerina, ni peto, ni loriga.

Y Aben-Hamet que previsor miraba
Del falso rey la adulacion traidora,
En el divan sentado se encontraba
Sufriendo el ma que en su interior deplora:
Y Boabdil que confuso respiraba,
Con profunda mirada precursora
De su horrible maldad, le dijo ufano:
— «Tú eres ilustre, noble y africano;

» Tú habrás pasado noches estrelladas
Al fulgor de los pálidos planetas,
Oyendo de los jeques las baladas,
Sus historias terribles, las inquietas
Y espantosas escenas empapadas
En sangre impura, á la traicion sujetas;
Mas nunca llegarían á tu oído
Las penas de un buen rey, triste y vendido.

» Escucha y las sabrás: ciudad gloriosa
Habitaba un monarca despreciado,
Que en su marcha tranquila y majestuosa
Le llamaban el Débil y el Mengüado.
Era fama y saber, que en horrorosa
Y cuitosa crueldad alicionado
Se mezclaba entre esclavos advertido
Por su infausto destino perseguido.

» Nunca emir ó sultan se conociera
Cercado cual se vió de su tesoro;
Ni cual su alcázar, otro que pudiera
Competir con sus mármoles de oro;
Mas este rey que resignado viera
De su extirpe y su cetro el vil desdoro
Para fijar su bien y su ventura
Al templo se acogió de la hermosura.

» Buscó; y á una mujer que brilladora
Halló de su mansion casi á la puerta,
Le brindó su solar, y encantadora
En días de placer, en dicha envuelta
Ahuyentó su pesar; como la aurora
La flor reanima en cruda noche yerta,
Y con festivas zambras celebraron
Aquella dulce union, y festejaron.

» Todo sonreía al rey, y la sultana
Hijos le dió en su anhelar dichosos;
Mas un Wali, cual tú, que de lejana
Tierra llegó; cual tú, bello, ardoroso,
Comandando una hueste mauritana
En favor de aquel rey, vió cauteloso
A la linda mujer, que amó rendido,
Y fué por la mujer correspondido.

» Una noche terrible, en una fiesta
Cuatro fieles muslimes encontraron
En un jardín en plática funesta
Los dos amantes; y á observar llegaron
Y el hecho criminal bien lo demuestra
Esta cinta que incautos olvidaron,
A la sultana en amorosos lazos
Del Wali seductor entre los brazos.»

— «Miente (repuso Aben-Hamet furioso,
Y del divan se alzó con rabia insana);
Miente el calumniador bajo y doloso,
Sus cómplices con él; pues la sultana
Es mas pura que el sol, y que el precioso
Aliento de la rosa en la mañana.»
— «¡Oh! (le dijo Boabdil) ¿tú conocías
A esa mujer y su querer sabias?

» Pues atiende y sabrás el fin funesto,
Que aun falta lo mejor de nuestra historia.
Conoció el rey á su rival apuesto;
Y al rayo de la luna vió su gloria
Rodando por el fango; y ya resuelto
Para guardar por siempre en su memoria
Tan aleve traicion, en su esperanza
Aplazó su furor y su venganza.»

Y Aben-Hamet resuelto y animoso,
Que ya su suerte infausta preveía,
Y el término fatal del espantoso
Destino que su estado le ofrecía,
De la entrada el tapiz impetuoso
Alzó, para dejar la estancia umbría;
Mas encontró con picas apiñadas
Las salidas ó puertas resguardadas.

Retrocedió, y al alamí frontero
Se encaminó con paso acelerado,
Cuando con aire satisfecho y fiero
Salió Mahamadin de tres acompañado,
Vil detractor y acusador artero:
Y un nubio que en lo adusto y mal trazado
Fuera instrumento de faccion impía
Y la crueldad en su exterior lucía.

El verdugo del rey era el menguado;
De siniestro mirar y aspecto rudo,
Con su rojo cendal ataviado,
De medio cuerpo y de piedad desnudo,
Y esperaba impaciente y concertado
Que su regio señor, fiero y sañudo,
Señalara con bárbara aspereza
De la víctima triste la cabeza.

Un grito aterrador lanzó rugiente
El tímido Boabdil; cogió altanero
Por la plegada aljuba fuertemente
Al bravo Aben-Hamet, que en su postrero,
En su imperante esfuerzo, así valiente
Al mísero opresor, que huyó ligero
De miedo por Alá; y concitaba
Toda su gente que en acecho estaba.

— «Rey traidor, despreciable (le decía
El alentado musulman); vil y menguado
Calumniador; de la maldad sombría
Aborto impuro y mísero dechado;
Monstruo alevoso, miserable arpía,
Dame el puñal que astuto me has quitado:
Dame mi espada y la hundiré en tu pecho
Do se abriga la infamia y el acecho.»

Mas de un frio cuchillo el golpe fiero
Sintió el triste, y calló mustio y postrado:
Y del verdugo el reluciente acero
Dividió su cabeza: y ya vengado
Con sardónica risa, placentero
Contemplaba Boabdil el cuerpo helado;
Mas de la sangre el hálito angustioso
Lo envolvió en un delirio proceloso.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

Mi amor.

Cual de noche lejano
Del canto marinero
Suena el eco postrero
Entre el vasto oceano;

O cual en templo umbroso
Del fondo de la tierra
Sale el grito medroso
Del vivo que ella encierra;

O en ocaso estampadas
Deja el sol sus pisadas:
Tal vive en mi dolor
Mi ya pasado amor.

Como, tras las montañas
Hundiéndose, la luna
Se pinta en la laguna
Que cercan tristes cañas;

Como el dormido infante
En rápido embeleso
Aun de la madre amante
Recuerda el primer beso;

Como la voz del mundo
Que entorna al moribundo;

Tal con vijo fulgor
Brilló fugaz mi amor.

¡Ah! cual muerta la ieja
Aguila, de su vuelo
Las plumas con que el cielo
Cruzó tan solo deja;

Como en edad ya tarda
América, en su olvido,
Grandes vestigios guarda
De un pueblo no sabido:

Tal las gentes remotas
Verán las cuerdas rotas
Del arpa en que cantor
Lloré mi ingrato amor.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Los estudiantes de Heidelberg.

Discutía yo el otro día con uno de mis amigos que desde hace algunos años vive con estudiantes, sobre la oportunidad de los duelos. Este amigo cree en su utilidad, y yo voy á estampar aquí su razonamiento que servirá de introduccion á mi artículo. Hé aquí los motivos, que segun él, militan en favor de los desafíos entre estudiantes:

1º Es una tradicion antigua á la cual deben las universidades mucho de su unidad; es una framacmasonería cimentada con estocadas, que puede tener su parte buena.

2º Si en una universidad de 800 estudiantes que mantienen en orden dos *bedeles* (policemen de la universidad), se suprimieran las estocadas, vendríamos á parar en los bastonazos y los bofetones, lo que seria descender en la escala de las luchas humanas.

3º Esto acostumbra á los estudiantes al peligro; el combate fortifica el temple de su naturaleza.

La tradicion tenia su razon de ser en la época remota en que los estudiantes se alejaban de veras de sus familias, cayendo como aislados en medio de una universidad. Entonces debieron agruparse por paises y se comprende la formacion de corporaciones con carácter militante. Hoy la rapidez y facilidad de las comunicaciones que han hecho que el estudiante se aleje apenas de los suyos, acaban con la excusa de las luchas armadas entre cuerpos distintos.

En segundo lugar un bofetón no tiene la gravedad de la estocada; y por último, el peligro que corre el combatiente no tiene nada de imprevisto, y no es infundir valentía á los jóvenes el acostumbrarlos á ver correr la sangre de sus compañeros.

En resumen, el duelo entre los estudiantes alemanes es como un resto de la edad media, de costumbres antiguas, en medio de nuestra civilizacion del siglo XIX con la cual está en oposicion.

Pero esto que decimos contra esa lucha regularizada de la que salen desfigurados tantos hijos de familia, no suprime nada del interés con que hemos sabido todo lo bueno que hay en la vida del estudiante, su organizacion y su colorido pintoresco. Volúmenes enteros se podrian escribir sobre los detalles de esa *vita universitatis*, reglamentada fuera de la vida civil y de la vida de familia.

¿No es dignísima de estudio esa persona moral que llaman la *Universidad*, esa *civitas universitatis* que está separada de la *civitas* y que vive en ella? La *Universidad* tiene sus leyes, sus funcionarios y sus administrados. El estudiante delincuente no es justificable mas que de su propio juez, del juez universitario.

Es una institucion aparte que funciona y se mantiene en orden con dos policemen llamados *bedeles*.

Hé aquí un rasgo característico que prueba cuántos medios honrosos hay, fuera del duelo, para mantener en orden á una juventud turbulenta.

Se sospecha que un estudiante ha tomado parte en alguna escapatoria reprensible, y al punto le citan ante el juez universitario; ahora bien, le hacen dar su *palabra de honor* de que no ha hecho tal cosa, para quedar completamente libre de toda prevencion. ¿Hay muchos ejemplos de estudiantes que hayan prostituido su *palabra de honor* para salir de un apuro? No por cierto; y cuando esto sucede una vez quizá cada diez años, el joven es arrojado por sus compañeros de la universidad y queda deshonorado.

De aquí al *duelo organizado* hay mucha distancia, y digo organizado, porque así es. Cada semestre de estudios suministra y acaba por una reunion general de todos los cuerpos que es lo que llaman *commers*. Estos dos *commers* son muy diferentes. El *commers* de entrada principia por libaciones, como el *commerstium abeundi* (de fin de semestre), pero no acaban de la misma manera. Cuando se celebra el último, se concluyen las luchas; los duelos prometidos no se llevan á fin; los rencores se disipan, es una fraternizacion general, en tanto que en el primero todo es provocacion. Así, á una señal que da el presidente, los jóvenes se agrupan, se dicen cosas insultantes, se buscan, se desafian; cada cual hace, digámoslo así, su provision de duelos para algunos meses. Cada estudiante provoca á un número ilimitado de estudiantes de los demás cuerpos tomando nota; y despues da parte de sus desafíos al senior

presidente) de su cuerpo. El señor recibe todas las comunicaciones, y luego con los presidentes de los otros cuerpos se fija el programa de los días de combate, a fin de que cada cual tenga al menos un duelo por semana.

Cuando la provisión de provocaciones está agotada, se recurre á un medio que demuestra mejor aun el fundamento que tienen estos desafíos. Por la noche en la cervecería donde se reúnen estos estudiantes, el señor declara que ya no hay mas duelos inscritos de antemano, y que es preciso no dejar que se acabe la buena costumbre.

Entonces cada cual elige en los cuerpos enemigos un adversario á su gusto. Hé aquí las cosas que se dicen:

«A mí me carga el baron X de tal cuerpo; lleva unas botas que me ofuscan. Anotadle, señor.»

«Yo no puedo sufrir ese mozuelo R. de N., que siempre está meneando el baston como si fuera un molino. Corre por mi cuenta, señor.»

«Gracias á Dios que puedo habérmelas con ese tonto de R., cuyos anteojos me hacen daño y cuya nariz da de puñaladas al firmamento. Juro que le voy á hacer el favor de cortarle una porcion de esa parte de su rostro. Señor, anotádmelo el primero.»

Y continúan las declaraciones por este estilo hasta que el cuadro está lleno. En seguida se dividen por cuerpos, y se envía á cada cuerpo un embajador extraordinario para que lleve la provocacion.

Hé aquí la descripcion de la ceremonia. El día de reunion del cuerpo al que se ha enviado un portador de la provocacion, este se presenta á la puerta de la *kneipe*, y es introducido y colocado con todos los honores debidos á su importante mision, al lado del señor del cuerpo. Una sonrisa de satisfaccion circula por la asamblea, por la preferencia que han merecido sobre los otros cuerpos en la provocacion del día. Prodigan al enviado las mayores atenciones y hablan y se bromean con él. Por fin, al cabo de media hora saca un papel del bolsillo; es la lista de las provocaciones.

Entonces la curiosidad es general; el señor recorre la lista y dirigiéndose á los miembros de la asamblea, exclama:

— Fulano, ¿podeis responder á la provocacion de X. el martes?

— Seguramente, con mucho gusto. Me alegro que me busque; sin eso yo le habria buscado dentro de poco.

— ¿Y vos, conde de H., podeis responder á la de J. el viernes?

— No, ese día viene á verme mi familia, pero estaré desocupado ocho días despues. No perderá nada por esperar mi guapo enemigo.

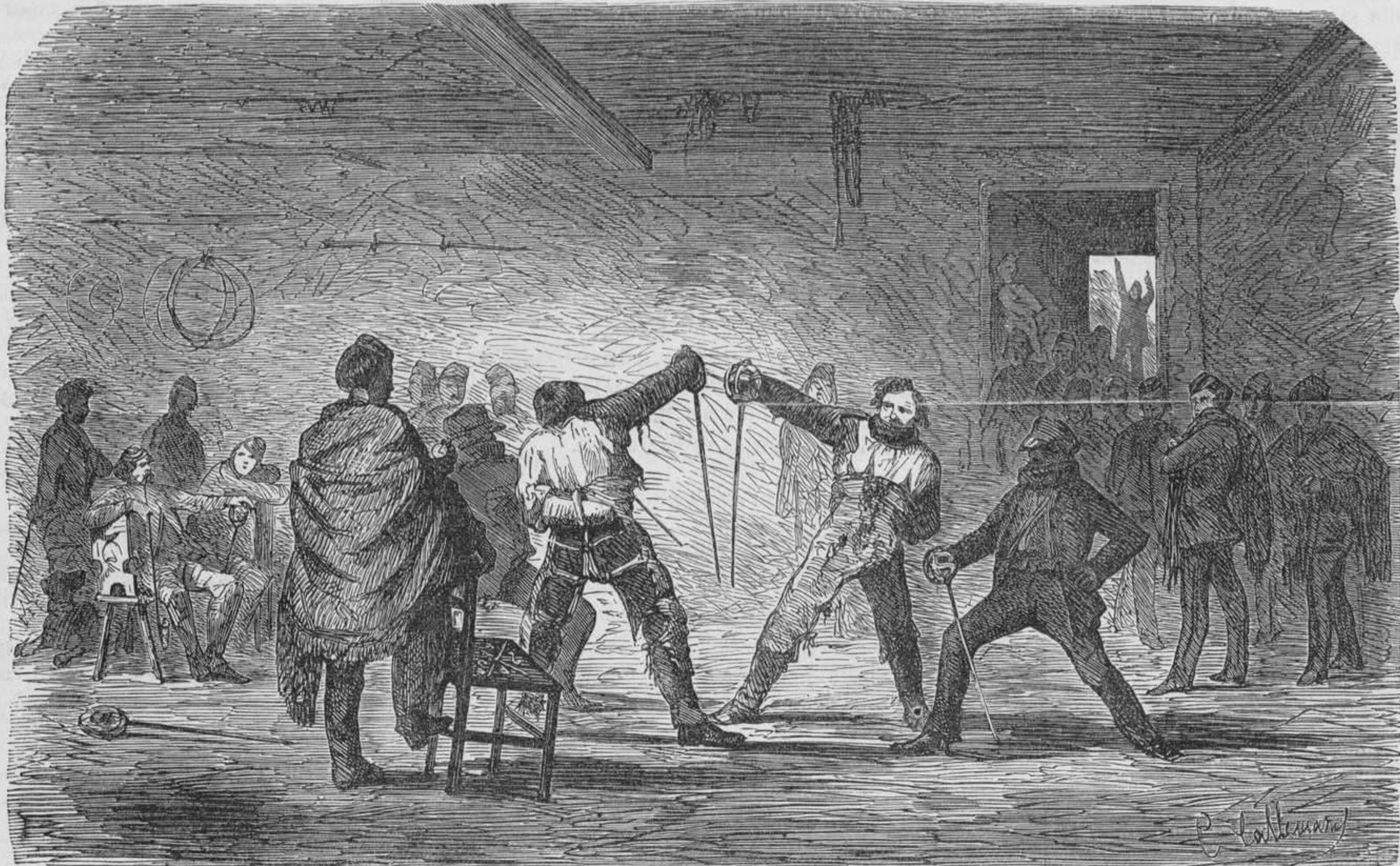
Luego el señor se dirige al enviado. — W. tiene una enfermedad que hace el duelo imposible; su provocador esperará á que se ponga bueno.

En suma, se ponen de acuerdo; cada cual fija su desafío, acepta ó rehusa, y aun retrocede si hay impedimento. Cuando todo está arreglado, el embajador se despide del cuerpo (1) y va á llevar al suyo las respuestas.

Los estudiantes se reúnen ordinariamente para batirse en una posada situada

(1) Antes de pasar á la descripcion del duelo, daremos algunos pormenores sobre los diferentes cuerpos, que son: los *vandalos* (gorra encarnada); los *wisfatienses* (gorra verde); los *suabos* (gorra amarilla); los *sajones prusianos* (gorra blanca); los *rinianos* (gorra tricolor, encarnado, blanco y azul).

Las corporaciones se componen de *corburschen* (compañeros) y de *fuchse* (aspirantes). El presidente se llama *senior*; los otros dignatarios son el *consenior* y el *tercer encargado*.



LOS ESTUDIANTES DE HEIDELBERG. — EL DESAFIO.

al otro lado del *Neckar* y que tiene el nombre famoso de *Hirschegasse* en los anales. Allí andan aisladamente para no despertar la atencion de la policia, y tienen cuidado de apostar vigilantes al rededor del lugar del combate. Por lo comun la escena se efectua en una granja contigua á la posada. Los actores son ocho: el imparcial, que preside el combate y que eligen entre los presidentes de los cuerpos que no combaten; el médico,

los dos segundos (*secundanten*), cuya mision es parar los golpes, y en fin, los padrinos que disponen los detalles del desafio, apuntan los golpes, etc.

Los combatientes se cubren de cuero á fin de no dejar expuesto mas que el rostro á los golpes del adversario.

El imparcial se coloca en medio con una silla de madera delante, sobre la cual marca los golpes con yeso. Tambien tiene un reloj en la mano para precisar el tiempo de los pases. Los combatientes están delante de él, y á su lado los padrinos que les sostienen el brazo y el brazal de cuero cansarian en breve. Al lado de los combatientes, los segundos en traje de combate con la cabeza y los brazos garantidos, se disponen á parar los golpes. Los demás estudiantes forman corro. En medio de ellos está el médico que ha preparado ya en una pieza contigua todo lo que puede ser necesario á los heridos.

Colocados así, el imparcial da la señal diciendo:

— ¡Silencio! todo está pronto; ¡al combate!

Al punto los padrinos sueltan el brazo armado de los combatientes, los segundos se acercan á estos á cumplir su cometido. Los combatientes hacen brillar sus espadas; los mandobles llueven sobre la cabeza, y la emocion se apodera de todos aquellos que como nosotros no tienen la costumbre de tales espectáculos. De repente se oye un grito: ¡Halt! lanzado por el imparcial ó los padrinos, y el combate cesa momentáneamente. Este grito se arroja en medio del combate para detenerle en cuanto una irregularidad ó una herida le hace desigual. Las hojas son muy finas y flexibles y á veces se doblan. Esta es la principal de las irregularidades.

Cuando es una herida la que motiva el grito, acuden al combatiente, examinan su herida, y si es poco importante, le dan un poco de ponche y continúa la lucha. Las heridas son casi *quirurjicales*, tan cortante es la punta de la espada; y así permiten, aunque sean fuertes, la continuacion del combate. El tiempo que se pierde, por cualquier motivo, no entra en cuenta en los *quinze minutos de combate* que ordena el reglamento; jamás cesa antes la lucha, á no ser que uno de los combatientes esté herido de mucha gravedad, á juicio del facultativo. En este caso le sacan fuera.

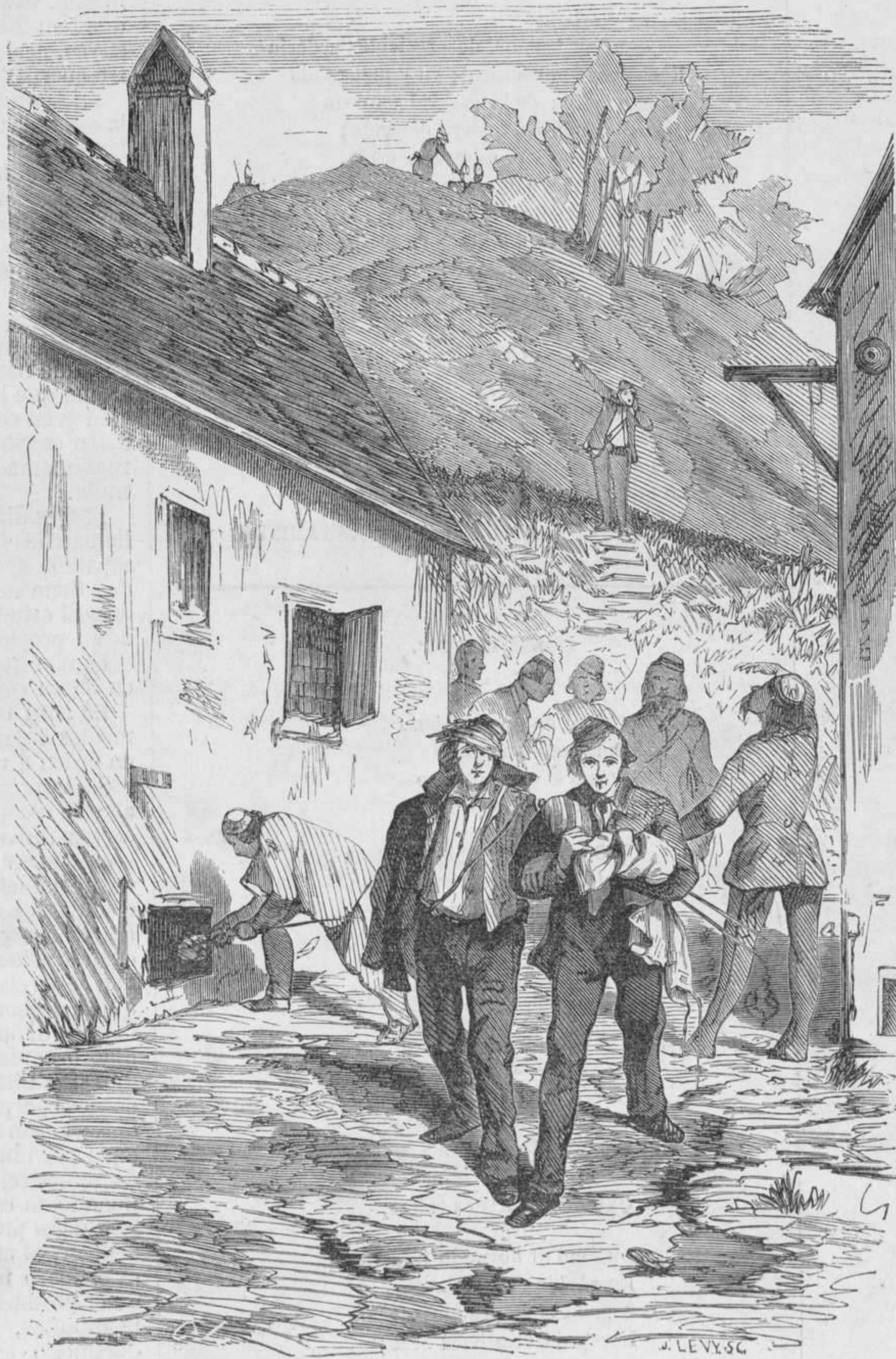
Cuando ha pasado el cuarto de hora se da por terminada la lucha, sea cual fuere el resultado. El imparcial da la señal para ello, y entonces se cuentan las heridas, costurones, y se apuntan en el libro de cada cuerpo los alfileres que se han necesitado para coser las heridas causadas por este cuerpo al cuerpo enemigo. Los rasguños que llaman *bluetchen* (gotitas de sangre) no entran en cuenta.

A un desafío sucede otro, y al cabo de cinco ó seis, como todos los combatientes se ponen los mismos cueros, no es raro verlos chorreando sangre.

Aquí concluye nuestra descripcion, que es de una verdad fotográfica; juzgue el lector si la costumbre en cuestion es una cosa laudable.

Es verdad que la autoridad prohíbe, pero la universidad tolera, y así es que la autoridad civil no puede nada. En cuanto tiene conocimiento de un desafío envía á uno de los *bedeles*, que acompañado de gendarmes marcha á detener el combate. Pero los estudiantes tienen centinelas y espías; mujeres, niño y ancianos reciben dinero para que estén alerta, y cuando llega la policia todos los estudiantes huyen, ocultando ó llevándose las armas. El segundo de nuestros dibujos representa esta fuga.

C. L.



FUGA DE LOS ADVERSARIOS.